

## APUNTES SOBRE DANTE

### JORGE DE LA PAZ

*For Dante does not so much elevate your thoughts as send them down deeper.*

Coleridge

Si es cierto que el infinito tiene forma, entonces la **Divina Comedia** es la totalidad del infinito. Su tiempo es la esperanza y la eternidad su lugar.

Proyecto desmesurado de su corazón, la palabra esforzada de Dante habrá de vencer a la muerte. El poema es la historia de una conversión. Beatriz ha sido la cifra de sus sueños. Emprende el poeta la ruta del trasmundo en el 1300. Regresa a Rávena en otro estado de alma. Antes sólo creía. Ahora -después de sus errancias- sabe. Su palabra es viento fuerte de sabiduría. Su seriedad es la seriedad de lo sagrado “Vanas y engañosas son las esperanzas del insensato y los sueños exaltan a los necios. Como quien quiere apresar la sombra o perseguir el viento, así es el que se apoya en sueños”, afirma en el libro del Eclesiástico la pluma del escriba, pero enseguida advierte: “A no ser que sean enviados del altísimo en su visita, no entregues tu corazón a ellos.”

Sueños de Dios son los ojos de Dante El poeta está presente en la **Commedia** porque ha sido testigo excepcional del trasmundo. Los trazos de su pluma son eslabones de la revelación. El reencuentro con Beatriz en el paraíso terrenal -fuerza originaria del poema- es el paso del sueño a la literatura. Beatriz ha muerto, pero persiste en su corazón. Por ella será poeta en la tierra y profeta de los cielos.

Muere Beatriz en 1290. Los ojos del poeta meditan desconsuelo. Lazos de angustia y tristeza lo oprimen. Descubre que más amargos que la muerte son los quebrantos del amor. Casa de luto es su corazón. Una honda perturbación desgarró su alma. Atado al polvo está su cuerpo

Nel mezzo del cammin di nostra vita  
mi ritrovai per una selva oscura, ché la  
diritta via era smarrita

Ah quanto a dir qual era è cosa dura esta  
selva selvaggia e aspra e forte che nel  
pensier rinnova la paura!

A mitad del camino de la vida perdido  
andaba en una selva oscura, que la senda  
del bien había extraviado.

¡Decir cómo era es ardua cosa esta selva  
salvaje, áspera y densa cuyo recuerdo mi  
terror renueva!

Agobio del desamparo es la selva de la noche. El poeta está solo. Ha perdido la luz. Quiere orientar su voz y acallar su desdicha. Decisión de amor, escribe la **Vita Nuova**. Su palabra se aquieta. Quiere ir por tierra recta

Appresso questo sonetto apparve  
a me una mirabile visione, ne la  
quale io vidi cose che mi fecero  
proporre di non dire più di questa  
benedetta infino a tanto che  
io potesse più degnamente trattare  
di lei. E di venire a ciò io  
studio quanto posso, si com' ella  
sae veracemente. Sì che, se  
piacere sarà di colui a cui tutte  
le cose vivono, che la mia vita  
dure per alquanti anni, io spero  
di dicer di lei quello che mai non  
fue detto d'alcuna. E poi piaccia  
a colui che è sire de la cortesia,  
che la mia anima se ne possa  
gire a vedere la gloria de la sua  
donna, cioè di quella benedetta  
Beatrice, la quale gloriosamente  
mira ne la faccia di colui  
**qui est per omnia secula benedictus.**

Después de escribir este soneto,  
tuve una visión maravillosa.  
Lo que vi me indujo a no hablar más  
de la bienaventurada,  
hasta no poder más dignamente  
tratar de ella.  
Y es por esto que estudio sin  
descanso  
como ella en verdad sabe.  
Si le place a aquel  
por quien toda cosa vive  
que mi vida dure todavía algunos  
años,  
espero decir de ella  
lo que nunca se ha dicho de mujer  
alguna.  
Y quiera aquel que es señor de toda cortesía,  
que mi alma se vaya después  
a ver la gloria de su señora,  
la bienaventurada Beatriz,  
que ahora contempla en la gloria  
el rostro de aquel  
**qui est per omnia secula benedictus.**

Terminado el libro, su pluma se detiene y guarda silencio. El tiempo no aclara su soledad. Ausencia de rumbos es la aflicción, pero los pasos del hombre son los pasos de Dios. Mensajero de la caridad, llega Virgilio. Dante alza al cielo sus ojos y juntos inician el descenso infernal. La revelación los acompaña. Peldaños de la escala de la caridad, Beatriz y Bernardo de Claraval lo esperan. Con ellos terminará el poeta el recorrido de la eternidad.

Relato de sus pasos visionarios es la **Commedia**. Su pluma entreteteje la trama inacabable del amor. Mundo y trasmundo no son lugares, sino estados de alma. El tema es Beatriz y las variaciones, el alma enamorada del poeta. La topografía de la muerte y la geografía de la vida se entrelazan. Las apariencias se dispersan y evocan la realidad. El silencio de Dios, esa configuración de símbolos eternos, fluye de la pluma del poeta. Dante no condena, se ha hecho la luz y ve. Su palabra muestra lo que su voz no acierta a decir.

Virgilio se echa a andar. Dante lo sigue. Se detienen ante la puerta del infierno. Dante duda. La última frase de la inscripción infernal lo estremece

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.

¡Oh, los que entráis, perded toda  
esperanza!

Virgilio lo conforta. Dejan atrás el límite cierto de la esperanza. El paso silencioso de Virgilio contrasta con las recias pisadas del cuerpo de Dante. Llegan a las desoladas orillas del Aqueronte y cruzan el río deplorable. Se inicia el cónico descenso de los círculos que se estrechan en el abismo sin luz.

En el círculo primero del abrupto descenso, Dante habrá de ver a Homero. Llega el espectro del aedo legendario. Horacio, Ovidio y Lucano lo acompañan:

Onorate l'altissimo poeta: l'ombra sua  
torna, ch'era dipartita.

Alabad al altísimo poeta torna su sombra  
tanto tiempo ausente.

En el noble castillo del limbo partirá con ellos. Dante es el sexto entre tanta sabiduría. Dilema que se disuelve en el misterio de la salvación, el poeta deliberadamente oculta las palabras de la plática. Homero -trasfondo secreto de la **Commedia**- se desvanece en el silencio. Dante sonríe y continúa su camino.

Ardua es la ruta y su sombra inquieta a los muertos. Los pasos del poeta resuenan en las inmensidades del abismo. En el círculo de los pecadores de la carne, Dante encuentra a Francesca y a Paolo. El episodio es decisivo porque Francesca es el polo infernal de Beatriz. Remolino de tinieblas, oscuro como los vientos de la noche, es el estado de alma de Francesca y Paolo. La borrasca infernal las arrastra en un torbellino de lamentos. La escena tiene el esplendor inmóvil de la eternidad, pero Dios está ausente. Cuando Dante oye la voz de Francesca, el aire se aquieta. Narra Francesca la historia triste de sus placeres. Dante baja los ojos. La fuerza de la piedad lo mantiene erguido, pero su corazón desfallece. Tembloroso inquiere. Francesca hace recuerdos del tiempo feliz. Dante conmovido alza la vista. Paolo llora. El rayo de la caridad hiere al poeta que se desploma como un cadáver.

“Charitas nunquam excidit”, dice el Apóstol. De todos los carismas sólo la caridad es eterna. La moral del tiempo es apariencia que la eternidad desnuda. Rostro temporal, el rostro del amor tiene la ligereza del fuego. T. S. Elliot señala que sólo el amor divino puede conferirle al amor terrenal la dimensión humana que le da sentido. Sin Dios -nos dice- el amor es sólo un lance animal: “This sentiment ignoring the fact that the love of man and woman (or for that matter of man and man) is only explained and made reasonable by the higher love, or else is simply the coupling of animals.” El amor de Francesca es amor terreno, ese amor que es olvido de Dios.

En un sentido más profundo, Francesca es el espejo sombrío de la pasión telúrica de Dante. El silencio de Paolo es el silencio del poeta y sus lágrimas, la soledad del amor no compartido. Pero el rocío de la palabra noble de Beatriz ha herido su corazón precipitado. Ahora sabe que la moral -esa arquitectura del espíritu- es inspiración divina y no atadura temporal que lacera la imaginación y la vida.

Abandonan el segundo círculo. El camino del infierno se estrecha. Continúan el descenso hasta el fondo del abismo. Las escenas dantescas se suceden a lo largo del trayecto circular. Dante medita. Pan de congoja y

agua de sufrimiento es su ruta. Los espectros se levantan a su paso y narran sus desdichas. La presencia del poeta invoca sus recuerdos.

Pozo de negrura y de violencias, la pesantez de un aire sin estrellas es la atmósfera del infierno. El cono del abismo -inversión atroz de la montaña de Sión- es el índice del misterio de la iniquidad. Nueve son los círculos de su topografía desesperanzada. Los cinco altos, configuran el infierno superior. Los cuatro inferiores, las profundidades del bajo infierno. La ordenación descendente de los círculos coincide en su ápice con el centro de la tierra. Aquí, en el punto cero del bien, la triple cara de Lucifer -símbolo contradictorio de la trinidad- desafía a la luz. Estado de alma, el infierno -ese desfiladero de las pasiones- es carencia de inteligencia:

Noi siam venuti al loco ov'io t'ho detto  
che tu vedrai le genti dolorose, ch'anno  
perduto il ben de l'intelletto.

Llegamos al lugar donde te dije que a la  
horda doliente tú verías que ha perdido  
la luz del intelecto.

La monotonía del fuego -naturaleza de los condenados- es un páramo de sombras. Los que han rechazado el bien, labran su último sepulcro en este abismo sin ojos.

Una grieta -boca de un túnel que las aguas del Leteo han horadado- conduce al purgatorio. La ruta se invierte en el tránsito de los hemisferios. Se inicia el ascenso de luz. Dante ve las estrellas. Alta montaña -antípoda de Sión- es el purgatorio. Rodeada de agua, siete terrazas escalonan los pecados capitales. Puerta del cielo, el paraíso terrenal se alza en la cumbre.

Los muertos, en el infierno, han perdido la memoria de la tierra. En el purgatorio, persisten los recuerdos. Penitenciados en las terrazas, los espíritus sufren, pero su sufrimiento no es piedra de tropiezo. Arrastran sus pecados, pero la esperanza los acompaña. El estado de alma del purgatorio es ese fuego que es sombra de culpa y luz de aceptación.

En una de las terrazas del purgatorio, Arnaut Daniel, poeta de Provenza, canta:

leu sui Arnaut, que plor e vau cantan;  
Consiros vei la passada folor, e vei  
jausen lo jorn, qu'esper, denant.

Yo soy Arnaut que llora y va cantando;  
las locuras de antaño ven mis ojos y el  
día feliz que con anhelo espero.

Virgilio y Dante han hecho la ruta escarpada del monte sacro. Están en la cumbre. “Lo bello stilo” de Dante ha ascendido con ellos los peldaños de la palabra. El alto nivel poético y la hondura de pensamiento no decaen. Poesía y teología coinciden en el misterio. Abunda la explicación porque el purgatorio es memoria del bien y el mal. La elevación de la palabra es un descenso a las regiones profundas del espíritu, a ese lugar íntimo del lector donde la luz se disuelve en las opacidades del corazón. La lectura de Dante implica intuición artística. Se ha hablado y se ha escrito sobre la aridez y las dificultades de algunos pasajes. Son deficiencias del lector. En la **Commedia** no hay palabras superfluas. La economía de su estilo es un alarde de totalidad. Suspender la creencia y la incredulidad es la fuerza del poema. La norma es la belleza, esa clara presencia de la perfección. Coleridge -desacuerdos al margen- lo ha visto: “All the images are distinct, and even vividly distinct, but there is a total impression of infinity; the wholeness is not in vision or conception, but in an inner feeling of totality and absolute being.” (Todas las imágenes son claras, aun diría vividamente claras, pero hay una impresión total de infinitud; esta infinitud no está en la visión ni en la concepción, sino en un sentimiento interior de totalidad y de ser en absoluto.) La **Commedia** no tiene principio ni fin. Los grandes libros están en la eternidad.

Punto de equilibrio del cielo y del infierno es el paraíso terrenal. Dante ha hecho el oscuro trayecto del infierno y el ascenso fatigado del purgatorio. Un muro de fuego -espada circular- les cierra el paso. Aparece el ángel de Dios y los invita a cruzar las llamas. Dante duda. Virgilio -**esa anima naturaliter christiana**- apela al corazón del poeta:

Tra Beatrice e te è questo muro.  
Entre Beatriz y tú está este muro.

El temor de Dante se ablanda. El ardor del fuego santo es impaciencia de su espíritu. Virgilio evoca la mirada de Beatriz.

... li occhi suoi già veder parmi.  
... parece que sus ojos veo.

Dejan atrás el pilar de fuego. Virgilio se detiene. El ruego de Beatriz está cumplido. Más allá sus ojos no discernen.

El universo para Dante se reduce al rostro de Beatriz. Ella lo espera. En su corazón no hay sitio para la tristeza. La libertad de su alma grande y solitaria son sus pasos en la floresta misteriosa. Se interna en los bosques añosos del recuerdo. Las aguas claras del Leteo desvían el júbilo de su mirada. En la otra orilla, Matilde -la aquiescencia de Dios- canta. Aparece el cortejo de los cielos. Un resplandor de alas es el aire. Avanza la triunfal alegría de la procesión santa. En medio del alborozo angélico, Beatriz desciende del carro legendario. Dante la ve. La antigua llama del amor estremece al poeta. Beatriz lo mira. Sus ojos adustos inquietan y reclaman. La virtud y los celos pronuncian su palabra dura. Ella ha impretrado la inspiración de sus sueños, pero los pasos terrenales del poeta han empanado la luz. Dante inclina la cabeza. El silencio es la expresión melancólica y pensativa de su rostro. Alza los ojos y se humilla. Un desierto es su alma bajo el cielo desfavorable. Abatido, confiesa sus culpas y cae vencido.

Los ojos de Beatriz se reconcilian con la mirada de Dante. Le pide que escriba la historia de su peregrina je. El corazón del poeta se recobra, pero un sueño descomunal le espera. La fuerza de los cielos atruena sobre la maleza. Un rayo hiende el tronco del árbol de la ciencia del bien y el mal. La tierra se agrieta. La forma siniestra del dragón surca la exuberancia de las selvas. El carro sagrado se transfigura. La visión de Ezequiel y la profecía de los últimos tiempos se desdoblan en alegorías innumerables. Se abre el libro de la vida y el árbol de los doce frutos resplandece. Dante lucha con el arquetipo de la totalidad.

Mundo altísimo de los sueños es el paraíso terrenal. Matilde llama a Dante. La fuente sagrada de las aguas del Leteo y del Eunoe es la voluntad de Dios. El poeta que se ha despojado del mal en las aguas del olvido, reanima ahora sus virtudes en las ondas del recuerdo. Asentado está su corazón. Ha ordenado sus caminos. Sus ojos ahora miran sólo lo recto. El cielo lo espera. Está puro y dispuesto para las estrellas.

Dante recorrerá con Beatriz la astronomía de cristal de las esferas. Nueve le dan su forma al cielo. Las siete primeras, en orden ascendente, son las esferas planetarias. La octava -el **stellatum**- es el cielo de las estrellas fijas. El **primum** mobile o cielo cristalino es la esfera más alta. Sobre estos nueve círculos concéntricos se abre el empíreo, forma de la luz increada y centro de la rosa del paraíso.

La astronomía de Ptolomeo y la teología cristiana explican el universo de Dante. En el modelo medieval, la tierra es el centro del universo y las aspiraciones espirituales son una prolongación de las fuerzas físicas. El amor de Dios hace rotar el **primum mobile**, fuente del movimiento de las otras esferas, y las inclinaciones o los rechazos de la materia -ese “kindly enclyning” de que habla Chaucer- causan la música de las esferas. Raras son las construcciones de la imaginación que como el modelo medieval han alcanzado la armonía. Pero lo que Dante haya tomado del modelo tiene relieves secundarios. Importa lo que el poeta creía. Su poder supremo ha sido establecer las relaciones de la revelación. La grandeza de Dante está en la intuición de sus ojos y en los trazos luminosos de su pluma que enlaza prodigios con las palabras.

Las jerarquías celestiales del pseudo-Dionisio dibujan los círculos de las tríadas de fuego -las “trinall triplicities” que dirá el poeta Spenser- de las esferas de cristal del paraíso dantesco. En el canto XXVIII del Paraíso,

Dante, cegado por la luz que irradia un punto fulgurante, cierra los ojos. La voz pausada de Beatriz concierta sus sobresaltos. Se inicia una bella recapitulación del orden de los cielos. Sobrenaturales son las velocidades de las cadenas de fuego. En los dos círculos superiores, la danza de júbilo de los serafines y de los querubines inflama el cielo cristalino. Con los otros amores, los tronos de la divina providencia, forman el primer ternario. Sus afanes son sagrados. El segundo ternario -dominaciones, virtudes, potestades- canta el **Hossana** de su eterna primavera. En cada círculo se oye el canto con distinta melodía. Sus afanes son santos. En los penúltimos círculos del ternario inferior, giran los principados y los arcángeles. El último círculo -puente de luz entre el cielo y la tierra- es de celebraciones angélicas. Sus afanes son terrenales. Protagonistas de los grandes sueños del hombre, los ángeles son un misterio deslumbrante. La palabra ángel es genérica. Describe a los espíritus de todas las jerarquías. Son los portadores de la palabra de Dios. Descienden a la tierra para ayudar a los hombres a ascender la escala de la rosa eterna.

Para Dante el paraíso es una rosa. En el punto donde la caridad se abrió en nuevos amores se eleva la flor inespacial. Las distancias, en sus pétalos, son espirituales y el tiempo es el rocío de una alborada sin término. Su geometría -concilio de eternos resplandores- es el arquetipo del amor. Claustro de blancas vestiduras, dos cortes la componen: los coros angélicos y el cortejo de los santos. Hecha de luz, la vastedad de la rosa es semejanza de Dios.

Asciende Dante con Beatriz a las inmediaciones de la rosa. Ha vencido con el amor la lejanía de la amada. Aquí es donde el poeta habrá de soñar su **Commedia**. La luz se disipa. Atado a la penumbra, mira a Beatriz. Sus ojos se encienden. Un río de luz dispersa su mirada. Beatriz lo invita a beber. Dante humedece sus párpados con el agua luminosa. Ante sus ojos se abre el panorama de la eternidad. La rosa invisible surge sobre un lago de luz. El tiempo -ese “ceaseless lackey to eternity” de la metáfora de Shakespeare cesa. Es el prefacio incierto de la revelación. Llega Bernardo de Claraval. Beatriz se aleja. Dante ora. Beatriz le sonrío en la distancia y vuelve sus ojos a la eterna fuente. Dante prosigue el ascenso con Bernardo. La sonrisa de Beatriz le acompaña:

Quel ch'ella par quando un poco sorrìde,  
non si pò dicer né tenere a mente.

Lo que parece ella si sonrío, no se puede  
decir ni recordarlo.

Bernardo alza la mano. Su voz es el silencio y su palabra el misterio. Dante, movido por el deseo y la voluntad, levanta la mirada. La claridad de todos los días del hombre se suma en sus ojos. Ha visto el rostro del amor que mueve el sol y las estrellas.

Borges, en uno de sus bellos ensayos sobre Dante, dice “Infinitamente existió Beatriz para Dante. Dante muy poco, tal vez nada para Beatriz.” Boccaccio, en su **Tranatello in laude di Dante**, piensa que Beatriz lo ha de haber recibido en sus brazos y que ambos moran en el seno de Dios.

Cuando Dante regresa del trasmundo, su pluma ha visto la luz de las estrellas. Rodeado de ángeles, escribe la **Divina Comedia** para gloria de aquella que supo ver sus ojos. Desde los inciertos límites del primer móvil, ella lo eligió entre todos los hombres.